

ECONOMÍA FASCISTA, por *Aldo Aguzzi*

El fascismo, que nunca ha perdido vitalmente su actualidad, ya que desde su nacimiento político, o más bien, desde que ascendió al poder en Italia, las miradas del mundo han convergido hacia él, en muchos sectores con una encendida esperanza, como una salvación de sus intereses, y en otros, los más, con un exacto repudio a sus métodos atrabiliarios y violentos y su posición teórica, ha acrecentado ahora último esa actualidad con motivo del conflicto italo-etíope de extraordinaria manera, pues acaso en este suceso bélico se esté jugando su continuidad como régimen de gobierno en Italia, quizás su muerte, según el desenlace que pudiera tener esa acción militar y cuyas consecuencias inquietarían en forma innegable a varios de los Estados contemporáneos, pues la evidencia de su fracaso como sistema de gobierno correlativo a satisfacer justamente las necesidades de la mayoría de la humanidad, no dejarían de ser consideradas por los gobernantes que actualmente utilizan los más esenciales principios fascistas. De ahí que, el libro de Aldo Aguzzi (1) cobre doble interés: la creciente actualidad del fascismo y la oportunidad de su publicación,

Aldo Aguzzi hace un estudio detenido y completo, en sus líneas generales, de la teoría y praxis fascista italiana, no obstante lo esquemático del ensayo en cuanto a extensión, unas cien páginas más o menos. Aguzzi lo analiza en sus aspectos más salientes e importantes, con un nítido criterio antifascista y desde un punto de vista doctrinario concreto: el anarquista. No lo manifiesta Aguzzi abiertamente, pero se desprende esta orientación con gran facilidad de su ensayo. Esto sólo lo apuntamos. No nos interesa por el momento y para este comentario, el examen de tal posición ideológica.

---

(1) Ediciones Imán. Buenos Aires, 1935.

Fué a raíz de la gran crisis económica que afectó al mundo en 1929 cuando el fascismo adoptó una diferente actitud, un cambio de situación fundamental de su manera de ser. Hasta ese entonces no había estructurado ningún cuerpo de doctrina, limitándose a declaraciones espectaculares, a palabras de sostenida grandilocuencia, a proceder violentos, etc. Pero Mussolini y los dirigentes fascistas tuvieron una rápida y exacta captación de la realidad difícil del momento, encauzando la trayectoria del fascismo en una definida posición teórica, transfigurándose «tanto en sus gestos como en lo que llamaríamos su pensamiento». Frente a esa crisis del 29, el fascismo desarrolló sus proposiciones particulares, clarificando sus puntos de vista y examinando los orígenes de esa convulsión económica, que hirió dolorosamente la organización decadente del demo-liberalismo, con no pequeña audacia:

«El fascismo post-crisis no se reduce ya a simple orientación coreográfica y bárbaras explosiones de violencia. Lanza ideas sobre los más urgentes problemas actuales y universales; presenta un programa positivo de reconstrucción política y social; tiene un método y una finalidad. En la lucha entablada en las diversas corrientes del liberalismo y de la democracia, el fascismo está ahora en condiciones de competir con todas las armas y ocupa posiciones preponderantes».

Entre las causas de esta preponderancia y fortuna presente del fascismo, Aldo Aguzzi señala como la principal, la falencia del demo-liberalismo como sistema de gobierno. Esta falencia ha obligado a los hombres de Estado a buscar una solución de carácter más o menos permanente para consolidar la estabilidad económica, social y política. La mayoría, como era de suponer (nos referimos a los hombres de gobierno, se entiende) ha dirigido sus pasos hacia el fascismo ya que este régimen, tiende, exclusivamente, en su esencia, a mantener la situación de privilegio que hoy en día vive cierto sector social. Por lo demás, el fracaso del demo-liberalismo ha colocado a la humanidad en la

disyuntiva de optar por el fascismo o por el socialismo, los únicos sistemas que aparecen evidentemente estructurados, ya que los continuos parches aplicados a los regímenes democráticos no son suficientes para sostenerlos en su integridad liberal. En la actualidad, las democracias son sólo aparentes y todas ellas se orientan en definitiva a adoptar los principios y métodos fascistas. En este sentido, el fascismo es una continuación del demo-liberalismo. La economía, dice Aguzzi, de tipo fascista no es revolucionaria, es decir, no constituye una creación sino una continuación; no el comienzo de nuevas formas en la producción y en el consumo, sino simplemente la maduración de fuerzas connaturadas al sistema del capital y la propiedad privada. Sólo la costumbre de dramatizar y casi personalizar estos fenómenos, los ha inducido a representarnos una economía liberal y otra fascista, como dos entidades antagónicas». Y más adelante agrega: «El fascismo no ha realizado, a pesar de sus poses demoleadoras y sus promesas revolucionarias ninguna reforma radical en el conjunto del capitalismo.

«Su *carta magna* proclama el fin de la «lucha de clases», pero esto aguja el antagonismo de clases. No hace remontar la crisis presente al desequilibrio creciente entre producción y consumo, sino sólo a un presunto «desorden» de la producción que cree suprimir sin recurrir a medidas de carácter social. Su sistema sindical es un formidable instrumento de esclavitud proletaria, ya que las masas obreras absorbidas por la «Corporación» obedecen ciegamente a jerarquías incontrolables, estrechamente vinculadas a las fuerzas plutocráticas. Pero este sistema sindical no conduce hacia una mejor organización técnica y social de la vida económica. «El fascismo, según Wagermann, funda un Estado de emprendedores en el cual se mantiene la propiedad privada y el libre juego del afán lucrativo de los particulares, sin ninguna limitación para el rédito». Por eso niega a los obreros en el régimen de la empresa y esto justifica por qué el fascismo deja sin solución el problema capital de nuestro tiempo; aquél de

identificar al consumidor, aquel de permitir a la clase obrera el acceso a la racionalización de la producción y al consumo de las riquezas en la medida de sus crecientes necesidades y de las ilimitadas posibilidades de la ciencia aplicada».

Para los que se interesen por esta clase de problemas, el libro de Aldo Aguzzi, posee un manifiesto atractivo. Creemos que las citas que hemos hecho lo demuestran claramente.—A. T.



HOMBRES DE MÁQUINA, por *Laurencio Galiardo* (1).

Cientos de nuestros poetas de todas las edades y jerarquías han colocado adjetivos al mar, y nuestra poesía tiene—gracias a ellos—sal marítima y un colorido inconfundible. Pero en la novela y el cuento no sucede lo mismo, y nuestro Pacífico se va quedando al respecto, casi inédito.

Augusto d'Halmar, Guillermo Labarca, Mariano Latorre, Manuel Rojas, Eugenio González, Oscar Lanús, Tomás Lago, Luis Boza, Luis E. Délano, etc., han hecho los primeros intentos de novela o cuento con agua al frente.

Luis E. Délano ha trasplantado el cultivo literario del «lobo de mar» con algo de propaganda cinematográfica.

Mariano Latorre, en «Chilenos del Mar», sigue su línea novelesca de revelador de provincias literarias.

«Lanchas en la Bahía» de Manuel Rojas es el puerto de Valparaíso y sus contrabandos; lo que va de tierra firme al molo; el kilómetro del mar sin viaje, vapores anclados, faluchos, lanchas. Mar mojado en petróleo y carbón.

Se puede afirmar sin cometer gran injusticia, que la mayoría de los autores citados no conocen a fondo el tema que tratan. El

---

(1) Ediciones Walton.—Santiago.